



Vaticano II (y la cultura)

Para comprender la nueva actitud de los católicos ante la culturas, el concilio Vaticano II (1962-1965) constituye una referencia obligada. La significación cultural del Concilio se descubre con claridad cuando se consideran, con la perspectiva de los años transcurridos, algunas de sus características: la originalidad de sus objetivos declarados; la aproximación intelectual a los problemas que se fue afirmando progresivamente; la calidad y el origen de los participantes; y sobre todo la visión teológico-histórica que poco a poco fue tomando forma y expresión en los documentos conciliares.

Una intuición antropológica y pastoral. Ya el anuncio del Vaticano II por Juan XXIII había dado un tono antropológico al futuro Concilio, cuya óptica —afirmaba al papa— habría de ser sobre todo pastoral, lo cual iba a exigir un esfuerzo nuevo y animoso para comprender al mundo actual y para encontrarse con él. Juan XXIII reconocía la separación dramática entre la Iglesia y el mundo. La Iglesia tiene que participar en la construcción de este mundo nuevo: “En este momento de la historia, la

Providencia nos conduce a un nuevo orden en las relaciones humanas que, por obra de los hombres y más allá de sus esperanzas, contribuye al cumplimiento de unos designios superiores e inesperados. Y cualquier cosa, incluso las adversidades humanas, sirven para el mayor bien de la Iglesia”. Para darse a comprender a este mundo nuevo, hay que descubrir primero y dar un revestimiento inteligible a la enseñanza integral y permanente de la Iglesia: “Una cosa es la sustancia de la antigua doctrina del *depositum fidei*, y otra su formulación y su revestimiento; y esto es lo que hay que tener en cuenta con la paciencia necesaria, midiendo bien las formas y las proposiciones de una enseñanza de carácter sobre todo pastoral”. En estas palabras se encuentra, germinalmente, la intuición antropológica y pastoral de todo el Concilio.

La palabra *aggiornamento*, que hizo fortuna, describe muy bien la marcha del Concilio querido por Juan XXIII. Se trata de una doble puntualiza-

ción: en primer lugar, la Iglesia se purifica definiéndose de nuevo a sí misma y, por otra parte, se esfuerza en renovar su comprensión del mundo actual. Esta doble intuición, al mismo tiempo teológica y antropológica, habría de convertirse en el hilo conductor y en el principio de inspiración de todo el Concilio.

Al comienzo de sus trabajos eran inevitables los titubeos; la intuición maestra del Vaticano II, basada en un discernimiento pastoral, no tomó verdaderamente forma más que a finales de la primera sesión, como reconocía el mismo Juan XXIII poco antes de su muerte. Efectivamente, fue en aquel momento cuando, bajo la influencia de algunos cardenales como Montini, Suenens, Lercaro, König, y de algunos obispos como Wojtyla y Garrone, el Concilio decidió ponerse resueltamente ante el mundo, con sus angustias, sus problemas del hambre y la pobreza, sus aspiraciones a la paz y al desarrollo. Identificándose con esta humanidad histórica, en el espíritu de Cristo, fue como el Concilio tomó clara conciencia del quehacer que le aguardaba y, poco a poco, se fue orientando hacia el famoso Esquema XIII, que habría de convertirse, después de unos difíciles debates, en uno de los textos principales del Vaticano II, la constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo moderno, *Gaudium et Spes*.

El nuevo papa, Pablo VI, elegido en junio de 1963, se hizo intérprete del esfuerzo de clarificación que se estaba operando cuando intentó precisar la orientación del Concilio en la apertura de la segunda sesión. Por una parte, la Iglesia se sentía llamada a retirarse espiritualmente a su interior, pero para convertirse mejor *ad extra* en un fermento renovador del mundo: "Es un fenómeno singular: mientras que la Iglesia procura reanimar su vida interior en el espíritu del Señor, se distingue y se distancia de la sociedad profana en la que está inmersa; pero, al mismo tiempo, se cualifica como un fermento vivificante y un instrumento de salvación para este mundo, descubriendo y afian-

zando su vocación misionera, es decir, su misión esencial, que consiste en hacer de la humanidad, en cualquier condición en que se encuentre, el objeto apasionado de su misión evangelizadora". Éstos son los elementos de reflexión del nuevo papa, que habrían de encontrar su expresión más cabal en su encíclica *Ecclesiam suam* (1964), publicada durante el Concilio y consagrada totalmente al diálogo con el mundo actual.

Apertura a la pluralidad de las culturas. El descubrimiento del mundo en la diversidad de mentalidades y de culturas se veía intensamente estimulado por la presencia en el Concilio de obispos llegados de todas las regiones del mundo. Era la primera vez que un concilio acogía una delegación consistente de obispos del Tercer Mundo. El punto de vista de las Iglesias de Asia, de África y de América Latina produjo un impacto considerable sobre los episcopados de los países europeos y norteamericanos. Además, los representantes de los países del Este europeo aportaban una nueva luz sobre la situación del mundo comunista.

Aunque al principio dio la impresión de que los principales actores del Vaticano II iban a ser los occidentales y aunque los trabajos antepreparatorios habían sido sobre todo obra de los mismos, su manera de ver las cosas no dominó ni mucho menos en los debates, y durante el Concilio se produjo una maduración de los espíritus y una conciencia nueva de la universalidad. En el Concilio se produjo una toma de conciencia de la internacionalización histórica de la Iglesia, que estaba llamada a desarrollarse a continuación con todas sus consecuencias, cuya importancia sólo se fue midiendo gradualmente.

Al lado de los obispos, otros participantes contribuyeron activamente a darle al Vaticano II su configuración particular: los especialistas, los representantes de los religiosos, del laicado, los observadores ecuménicos. Muchos de los especialistas eran teólogos, expertos en la renovación bíblica, litúrgica, patristica. Había también soció-

logos habituados a practicar la investigación desde una perspectiva pastoral. Estos expertos aportaron al Concilio una rica experiencia de investigación teológica e histórica, sacada de la reflexión sobre la renovación bíblica, litúrgica, pastoral, del ejercicio de las ciencias humanas y de la sociología religiosa, de la práctica de la Acción Católica, cuyo método de “ver, juzgar y actuar” hacía ya veinte años que había sensibilizado a los católicos para el análisis cultural al servicio de la evangelización.

La reflexión interdisciplinar, que marcó la colaboración de los obispos con los expertos, adoleció algunas veces de improvisación y desconcierto. Pero, al cabo de cierto tiempo, dio sus frutos: se encuentran huellas de esta colaboración en todos los grandes documentos preparados por las comisiones del Concilio. Los temas más tradicionales, así como otros temas nuevos, se tratan allí desde una perspectiva a la vez doctrinal y encarnada en el tiempo. Un dato revelador de este hecho lo encontramos en la terminología utilizada por los textos: la palabra historia aparece 73 veces; la palabra cultura, 91 veces; la palabra cultural, 34 veces; las palabras mundo, sociedad, diálogo, servicio, novedad, cambio, laico, son palabras que se utilizan casi continuamente. La atención se dirige hacia la situación actual del mundo y de la Iglesia. Los términos *hodie* y *hodiernus* se utilizan 145 veces. Algunos estudios lexicográficos han señalado hasta qué punto es nueva la terminología del Vaticano II respecto a la del Vaticano I, en donde la palabra cultura, por ejemplo, no aparece más que en una ocasión.

La presencia de los observadores, procedentes de otras confesiones cristianas, ofrece igualmente un elemento característico a la fisonomía del Concilio. Ellos aportaron, por así decirlo, su punto de vista y prestaron su visión de las cosas a la Asamblea entera. Además de publicar un documento especial sobre la unidad de los cristianos, *Unitatis Redintegratio*, el Concilio se mostró atento al punto de vista ecuménico en todos sus otros trabajos.

Nueva percepción cultural y eclesial. El contexto intelectual y espiritual que acabamos de evocar nos permite comprender la experiencia cultural que vivieron todos los que participaron en el Concilio. Juntamente experimentaron allí una inmersión profunda en los asuntos de la Iglesia y del mundo y se iniciaron mutuamente en percibir, con ojos nuevos, la humanidad histórica que espera a Jesucristo.

Esta sensibilización colectiva los predisponía a una profundización del sentido eclesial. Su intuición dinámica se concretó en la noción de “Pueblo de Dios que camina en la historia” como imagen de la Iglesia peregrina que se va construyendo en el tiempo. Este concepto, a la vez bíblico e histórico, le dio a la eclesiología del Vaticano II un alcance existencial y pastoral.

Por consiguiente, puede decirse que la visión teológica del Vaticano II no puede separarse de su percepción cultural del mundo contemporáneo. No es posible concebir a la Iglesia fuera de unas culturas vivas. Por otra parte, las culturas del hombre no encuentran su salvación verdadera más que en Jesucristo. Esto llevó a muchos observadores atentos del Concilio a afirmar que el documento capital *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia, no encuentra su significación completa más que a la luz de la *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo. Ningún otro concilio en la historia había puesto así al hombre y al mundo en el centro de sus debates. Es éste el humanismo del Vaticano I, del que hablaría el papa Pablo VI con acentos inolvidables en la clausura del Concilio.

La enseñanza del Concilio sobre la cultura. La evocación que precede era indispensable para medir toda la importancia de las enseñanzas formales del Vaticano II sobre la cultura. No deja de tener quizás un significado el hecho de que la constitución *Gaudium et Spes* no se aprobara hasta el final del Concilio. ¿No era preciso que los Padres viviesen de antemano esta experiencia tan compleja de discernimiento que acabamos de trazar en sus ras-

gos generales? Esto sugiere que hay que comprender conjuntamente su experiencia vivida y su enseñanza formal. Partiremos de la exposición relativa a la cultura que se encuentra en la *Gaudium et Spes*, en los números 53-62, y extendemos luego nuestra observación al conjunto de los documentos conciliares.

Una definición moderna de la cultura. Lo que es más de advertir en la definición de la cultura que se nos propone en la *Gaudium et Spes* es su carácter moderno, sacado de las ciencias humanas. Las dos dimensiones de la cultura se encuentran aquí perfectamente armonizadas y relacionadas entre sí. Por una parte, la cultura se refiere al progreso del individuo, que desarrolla todas sus potencialidades gracias a la aplicación de su inteligencia y de sus talentos: se trata de la cultura entendida tradicionalmente en el sentido clásico y humanista. Una segunda acepción más moderna de la cultura se refiere a la vivencia antropológica, a las mentalidades típicas de cada grupo humano. Esta doble dimensión de la cultura, recogida por la *Gaudium et Spes*, permite comprender las relaciones existentes entre la cultura del individuo y las culturas de las colectividades, entre la cultura sabia y las culturas vivas, ya que el hombre es el sujeto y el beneficiario de todo progreso cultural.

En el artículo **Cultura** hemos examinado la definición que propone la *Gaudium et Spes*. Recordémosla teniendo en cuenta toda la experiencia cultural que acababa de vivir la Asamblea conciliar: "Con la palabra 'cultura' se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a to-

do el género humano. De aquí se sigue que la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social, y que la palabra 'cultura' asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida común diversos y escalas de valor diferentes encuentran su origen en la distinta manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias, las artes y de cultivar la belleza" (GS, 53).

Se advierte sobre todo, en la lectura de este texto, que se nos revela aquí una visión dinámica, histórica y concreta de la humanidad que se va construyendo. Nos ofrece una pauta de lectura de la historia contemporánea, una consideración antropológica del progreso ofrecido al hombre individual y colectivo. La Iglesia se daba de este modo a sí misma un instrumento de análisis moderno para comprender mejor al mundo y ejercer en él el papel que le correspondía. Era una lenta, pero decisiva, conquista intelectual, dado que la Iglesia, acostumbrada desde León XIII a hablar más bien de civilización, fue adoptando muy lentamente el concepto antropológico de cultura. Todavía en tiempos de Pío XII se entendía la cultura casi exclusivamente en sentido humanista.

El método del análisis cultural, inspirado en las ciencias humanas, permitía comprender mejor los comportamientos colectivos, las mentalidades, los valores dominantes, las aspiraciones, las contradicciones de nuestra época. Este proceso antropológico se revelaría en el Concilio, no solamente como una condición previa para poder dar un juicio moral sobre nuestro tiempo, sino también como un presupuesto indispensable para descubrir las nuevas culturas que aguardan el Evangelio. La Iglesia se fue haciendo más metódicamente sensible a los signos de los tiempos, a las evoluciones significativas, a los valores y a los contravalores que interpe-
lan a la conciencia cristiana.

Un análisis cultural del mundo moderno. Al principio de la *Gaudium et Spes* (nn. 4-10) se encuentra un análisis cultural del mundo moderno que nos sigue pareciendo, todavía hoy, de una penetración muy interesante. Se describe al mundo contemporáneo con sus esperanzas y sus angustias, así como con los cambios profundos que le afectan en el terreno social, psicológico, moral y religioso.

Se desprende con toda claridad una observación central: no se trata a la cultura por sí misma, de manera abstracta; la cultura del hombre contemporáneo aparece siempre como el contexto de una reflexión teológica, de una proyección pastoral. Esto pone en evidencia uno de los resortes más dinámicos del Concilio, es decir, aquella perspectiva socio-teológica que orientaba todos sus trabajos. Por tanto, se minimizaría indebidamente su contribución a la cultura si no se considerasen más que los pasajes de la *Gaudium et Spes* que tratan expresamente de ella. La cultura no fue más que un capítulo, añadido a los demás. Mejor dicho, todo fue cultural en el Concilio, lo mismo que todo fue teológico. El hombre contemporáneo e histórico no está nunca ausente de las preocupaciones y de las reflexiones. El marco de análisis es constantemente eclesial y cultural a la vez. Dentro de esta óptica es como hay que releer e interpretar los principales documentos sobre los obispos, los sacerdotes, los religiosos, los laicos, la liturgia, la unidad de los cristianos, las religiones no cristianas, la libertad religiosa, los medios de comunicación social. Recejamos a continuación algunos ejemplos típicos.

El compromiso cultural de toda la Iglesia. Se invita vivamente a los obispos, a los sacerdotes, a los responsables de la pastoral a que utilicen los medios modernos de las ciencias humanas, sobre todo la psicología y la sociología, para iluminar las situaciones culturales en las que tienen que anunciar el Evangelio (GS, 62). Se estimula energicamente la investigación seria (GS, 36).

Los religiosos tienen que encontrar de nuevo el dinamismo de su vocación primera y vivir

su carisma en unos contextos culturales nuevos (*Perfectae Caritatis*, 3).

Los laicos tienen que comprometerse directamente en los asuntos de la ciudad y en la promoción de las culturas, a fin de dar testimonio de su fe siempre que estén sobre el tapete los valores humanos (*Apostolicam Actuositatem*, 17).

En el diálogo ecuménico, hay que saber descubrir los factores culturales de la desunión y estimular, ya desde ahora, a todos los cristianos a una colaboración eficaz en el plano social, económico y cultural (UR, 12).

Hay que saber discernir, en el corazón de las religiones no cristianas, las semillas del Verbo que se ocultan en ellas, e intentar integrar en una síntesis cristiana todo valor cultural que no esté en contradicción con la fe católica (AG, 11). Por eso, es importante que en todos los grandes territorios socioculturales se emprendan reflexiones profundas sobre este punto (AG, 12).

Esta misma perspectiva es la que se escoge para la adaptación de la liturgia a las diversas culturas, teniendo en cuenta las normas de la Iglesia universal en esta materia. Se recomienda un examen detenido de los dones y de los rasgos de cada cultura para ver qué es lo que puede ser asumido de todo ello en una práctica litúrgica auténticamente cristiana (*Sacro-sanctum Concilium*, 27).

Los medios de comunicación social son objeto de una atención particular, ya que tienen un impacto considerable sobre la cultura y la moralidad pública (*Immortale Dei*, 12).

En su enfrentamiento con el terrible problema del ateísmo moderno, la Iglesia se preguntará por las condiciones culturales de la creencia y de la in creencia (GS, 19-21).

Todo el terreno de la educación se aborda en una perspectiva de desarrollo cultural, pensando en la formación completa, intelectual y espiritual de los jóvenes, inspirándose en los progresos de la

psicología y de la pedagogía (*Gravissimum Educationis*, 1).

La cultura, entendida en el sentido de la vida del espíritu, es una dimensión especialmente característica de este Concilio, que trata en varias ocasiones de la ciencia moderna, de sus relaciones con la fe y con el desarrollo del hombre, de la libertad de investigación, de los progresos de la pedagogía y de las ciencias humanas, de la formación humana y espiritual de los sacerdotes, de los religiosos y de los laicos, del papel de la escuela y de la universidad, de la creación artística. Es siempre el hombre en su desarrollo personal y colectivo el que constituye el punto de mira del Concilio. Sería necesario citar casi todos sus documentos.

Reencuentro con la mentalidad moderna. De una manera más general, se observará hasta qué punto el Concilio se ha mostrado atento a la mentalidad del hombre contemporáneo, intentando valorar las aspiraciones culturales típicas de nuestra época, como el deseo de participación, el sentido de la corresponsabilidad, de la solidaridad, de la decisión personal, de la interiorización, de la libertad religiosa, así como la responsabilidad de los laicos, el papel de las mujeres, la atención a los jóvenes, la búsqueda universal de la justicia, de la paz y del desarrollo para todos los seres humanos. Estas preocupaciones sociopastorales aparecen en todos los documentos, como una solicitud evangelizadora muy concreta. Recordemos algunos pasajes que se refieren a estos rasgos de mentalidad.

Dirigiéndose al hombre moderno, tan consciente de su libertad y de sus derechos personales, el Concilio insiste en la libre opción del creyente. Se recuerda constantemente esta norma: la adhesión religiosa corresponde a un compromiso libre del individuo. Es un principio fundamental de la Declaración sobre la libertad religiosa (*Dignitatis Humanae*, 3, 10).

El espíritu crítico, típico de la cultura moderna, puede ciertamente poner en peligro a una fe su-

perficial, pero puede igualmente purificar el espíritu religioso (GS, 7).

La participación en la liturgia debe ser consciente y personal (SC, 14).

Las ciencias humanas deben ser utilizadas para adaptar mejor la acción pastoral a las condiciones tanto espirituales como sociales, demográficas y económicas de las poblaciones respectivas (*Christus Dominus*, 16, 17).

Se estimula a los laicos a que expresen libremente su opinión en la Iglesia y a que participen en la investigación, a fin de servirla mejor (LG, 37).

Más en general, los católicos tienen que esforzarse por comprender su época: "Vivan los fieles en muy estrecha unión con los demás hombres de su tiempo y esfuércense por comprender su manera de pensar y de sentir, cuya expresión es la cultura". Es ésta una condición indispensable para el diálogo entre la Iglesia y la cultura, que supone y exige una reflexión atenta: "Compaginen los conocimientos de las nuevas ciencias y doctrinas y de los más recientes descubrimientos con la moral cristiana y con la enseñanza de la doctrina cristiana, para que la cultura religiosa y la rectitud de espíritu vayan en ellos al mismo paso que el conocimiento de las ciencias y de los diarios progresos de la técnica; así se capacitarán para examinar e interpretar todas las cosas con íntegro sentido cristiano" (GS, 62).

La ojeada que acabamos de echar sobre los documentos conciliares muestra con toda evidencia que una de las características más nuevas de este Concilio es su visión cultural, histórica, antropológica. Pablo VI, en su discurso de clausura, quiso proclamar con notable vigor que el Concilio había estado ante todo consagrado al hombre: "Toda esta riqueza cultural no pretende más que una cosa: servir al hombre. Se trata, como es lógico, de todo hombre, sea cual fuere su condición, su miseria y sus necesidades".

Desarrollos posconciliares. Para ofrecer una prolongación ulterior de este análisis, recogeremos

tres observaciones que podrán ayudar a situar la aportación del concilio Vaticano II en una perspectiva sociohistórica:

1. El gran acontecimiento que se produjo en el Vaticano II fue la sensibilización de la Iglesia por una comprensión moderna de los cambios culturales, tal como los viven los hombres de nuestros días. Se trata realmente de un progreso en la aptitud del discernimiento que supera en importancia sin duda alguna las descripciones concretas y las consideraciones históricas que el Concilio nos ha dejado a propósito de las culturas actuales. De hecho, el análisis social de los Padres conciliares sigue siendo palpable y, veinte años más tarde, aunque se observan en él algunas lagunas —que eran inevitables—, nos sentimos impresionados por los nuevos problemas culturales que solicitan la atención de la Iglesia de hoy.

2. En efecto, desde 1965 han surgido muchas cuestiones culturales, a propósito de las cuales el Vaticano II, como es lógico, no podía decir más que muy pocas cosas. La enseñanza posterior de Pablo VI y de Juan Pablo II, así como la reflexión de los sínodos y de las comunidades eclesiales, se encargarían de poner de manifiesto todos estos problemas.

Mencionemos, por ejemplo, la cuestión tan actual de la inculturación, que está en el centro de animadas discusiones en las Iglesias de África, de Asia y de América Latina, y también en las Iglesias de la vieja cristiandad. Las cuestiones que subyacen a la inculturación no son extrañas al Vaticano II, pero el problema seguía planteándose en términos bastante generales (cf. GS, 58). El término “inculturación” no aparece para nada, a pesar de que ya llevaban usándolo los católicos al menos treinta años. Tan sólo en el Sínodo de 1977 hizo su aparición este término en un texto oficial de la Iglesia (véase: **Inculturación**).

Pensemos también en la problemática suscitada por la evangelización de las culturas, que habría de

afirmarse como una de las prioridades de la Iglesia por el Sínodo de 1974. La exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975) de Pablo VI, que siguió a este Sínodo, ofreció diez años después del Vaticano II lo que se ha llamado una verdadera Carta de la evangelización de las culturas. Pablo VI se inspira ciertamente en el Vaticano II, pero precisa claramente su análisis y sus líneas de acción (véase: **Evangelización de la cultura**).

Otra preocupación actual es la cuestión de las políticas culturales emprendidas por los gobiernos modernos en nombre de un humanismo perfectamente loable en muchos de ellos, pero que en otros corre el riesgo de convertirse en una forma de manipulación ideológica. Hay aquí un desafío para los cristianos, que el Concilio no consideró más que de una forma indirecta (GS, 59) (véase: **Política cultural**).

Hay que mencionar igualmente las cuestiones que están ligadas al desarrollo cultural, a la liberación cultural, a los derechos culturales, que son otros tantos puntos candentes que ocupan ahora el centro de las políticas y de la acción sociales (véase: **Desarrollo cultural**).

El Concilio no pudo preverlo todo ni tratarlo todo. Pero cuando releemos sus enseñanzas dentro de la óptica de los problemas actuales, encontramos allí los principios primordiales que pueden seguir orientándonos útilmente en el estudio de las situaciones. Se reconoce allí sobre todo una aproximación analítica que permite abordar los problemas nuevos con un realismo moderno, en un espíritu de búsqueda objetiva, que es la condición primera de un discernimiento seguro.

3. Aunque hay que reconocer la contribución original del Vaticano II a la cultura, es menester, en justicia, situar su aportación en una larga tradición histórica. Pero, como señalábamos anteriormente, hasta el Vaticano II la Iglesia oficial había hablado más gustosamente de civilización que de cultura, y fue tan sólo en el Concilio donde se

adoptó definitivamente el lenguaje de los antropólogos y de los sociólogos de la cultura.

En esta perspectiva histórica hay que observar igualmente que el movimiento ha progresado y que sigue avanzando después del Vaticano II. No cabe duda de que la investigación sobre los problemas nuevos de la cultura se ha ampliado y profundizado desde hace veinticinco años. El desarrollo reciente más notable y el más prometedor es que la Iglesia ha sabido transponer las intuiciones del Concilio en términos de acción. Pablo VI y Juan Pablo II han contribuido vigorosamente a ello. Nos contentaremos con subrayar dos puntos más importantes. Pablo VI y Juan Pablo II han dramatizado, en cierto sentido, la importancia que representa el diálogo de la Iglesia con las culturas actuales y han intentado hacer más operativo el compromiso de los católicos en el servicio de las culturas.

Pablo VI, por su parte, quiso que el Sínodo de los obispos sobre la evangelización (1974) estudiase la cuestión tan difícil y tan urgente de la evangelización de las culturas, ya que para él era éste el drama de nuestra época. Recordemos sus expresiones llenas de ansiedad y de esperanza a la vez en la *Evangelii nuntiandi* (1975): "La ruptura entre el Evangelio y la cultura es sin duda el drama de nuestra época, como fue también el caso de otros tiempos. Por eso hay que hacer todos los esfuerzos por intentar una evangelización generosa de la cultura o, más exactamente, de las culturas". Puede decirse que el mensaje de Pablo VI ha ido sensibilizando progresivamente al conjunto de la Iglesia ante el gran desafío que representa la evangelización de las culturas.

Y Juan Pablo II dio un paso más proponiendo, desde el comienzo de su pontificado, crear en Roma un organismo de la Santa Sede que se ocupara de las relaciones entre la Iglesia y las culturas. Así, después de largo estudio y reflexión, decidió instituir en 1982 el Consejo Pontificio de la Cultura, precisamente para poner en práctica las orientacio-

nes del Vaticano II y para que la *Gaudium et Spes* se tradujera en un programa concreto para toda la Iglesia.

Véase: **Cultura, Inculturación, Evangelización de la cultura, Consejo Pontificio de la Cultura.**

Bibl.: H. Carrier, en R. Latourelle y otros, 1988, cap. 59; véase también *ibid.*, caps. 1, 5, 38, 41, 50, 58, 60, 63 y 65.